

www.elboomeran.com

Philipp Blom

Años de vértigo

Cultura y cambio en Occidente,
1900-1914

Traducción de Daniel Najmías



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Vertigo Years
Weidenfeld & Nicolson
Londres, 2008

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Alinari Archives, Florencia

Primera edición: noviembre 2010

© De la traducción, Daniel Najmías, 2010
© Philipp Blom, 2008
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6317-8
Depósito Legal: B. 36646-2010

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

*Para Cecil,
y para Chelsea, Samantha, André, Pierce, Aidan,
Martine y Lukas*

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro puede cobrar vida sin conversaciones e intercambios de opiniones, y un proyecto tan ambicioso como éste depende especialmente de los amigos y los colegas que nos ayudan a airear por primera vez las ideas, a ponerlas a prueba, a pulirlas y, de vez en cuando, a abandonarlas. En los primeros momentos, Bill Hamilton, mi agente, fue el apoyo ideal para dar forma a la concepción del conjunto, y Alan Samson, mi editor, brindó de todo corazón su ayuda a esta ambición casi suicida.

Quiero dar las gracias a los interlocutores que me ayudaron a enfocar y relacionar entre sí mis observaciones y me señalaron nuevas conexiones: el doctor Thomas Anger; Anne Buckley; los profesores John Burrow, Christophe Charle y Tony Judt; los doctores Stephen Patterson, Ulrich Raulff y David Rechter; Froukje Slofstra; el profesor John Stallworthy, y el doctor Magnus Walter. Gracias también a Victoria Hobbs, Sebastian Ritscher, Sara Fisher y George Lucas, cuyo apoyo constante ha sido de un valor inestimable.

Elise Allen y Simon Kasper tuvieron la amabilidad de ayudarme con parte de la investigación, y el personal de la British Library, de la Bibliothèque Nationale (Francia), de la Bibliothèque de la Geneviève, de la Nationalbibliothek (Austria), del Literaturarchiv (Marbach), de las bibliotecas de las universidades de Leiden, la Sorbona, Oxford, Viena y Nueva York, del

Wellcome Institute (Londres) y del Musée de la Ville (París), me brindaron ayuda y consejos que iban más allá de sus obligaciones.

Vaya mi especial admiración y agradecimiento al profesor Ulrich Sieg, cuyos profundos conocimientos históricos y de la humanidad siempre son fundamentales para mí a la hora de comprender mis propias ideas. Una vez terminada la versión provisional del texto, Bernadette Buckley fue una lectora maravillosamente atenta y me hizo sugerencias muy valiosas.

Y por último, pero no por eso menos importante, gracias a mi mujer, Veronica Buckley, que me ha ayudado con su amor, con su oído siempre atento a mis soliloquios excesivamente entusiastas y, ocasionalmente, a ciertos problemas de redacción, sin olvidar las incontables tazas de té que me llevó a mi escritorio, bien entrada la noche y con una amabilidad exquisita.

Nada es menos ético que la llamada «moral» sexual, una moral que depende enteramente de la conveniencia social [...] Es posible que el hecho psicológico más importante de nuestro tiempo sea la tensión entre ética y norma social, que aumenta de modo gradual y constante y se percibe cada vez con mayor intensidad. En este lecho de Procusto, el alma moderna se halla tan al límite, tan desgarrada en sus fibras más íntimas, y tan sensible, que es difícil encontrar un paralelismo en toda la historia del pensamiento [...]

Segundo problema: el de la modernidad, cómo reconciliar con el alma la enorme masa de novedades. El carácter particular de nuestro tiempo reside en que no hubo otro tan obligado a dominar semejante profusión de novedades.

Conde HARRY KESSLER, *Diario*,
7 de abril de 1903*

* Salvo mención expresa en nota a pie de página, las citas se han traducido a propósito para la presente edición. (*N. del T.*)

INTRODUCCIÓN

Están en el arcén de una carretera arbolada, en el campo. Son, en su mayoría, hombres y niños varones, desbordantes de expectación. Cae sobre ellos el calor del verano. Miran la carretera que se extiende ante ellos hasta donde alcanza la vista. Se empieza a oír un débil murmullo. Un coche aparece en la línea recta entre los árboles, diminuto y envuelto en una nube de polvo, y va aumentando de tamaño con cada segundo que pasa. El vehículo se precipita a toda velocidad hacia los espectadores, propulsado por un potente motor, ruge aún con más fuerza... Es un espectáculo de potencia concentrada.

Entre el público, un joven de dieciocho años prepara la cámara para tomar la foto que lleva tiempo deseando hacer. El bólido se acerca, rugiente, vibrante de energía. Ya casi está ahí. El fotógrafo adolescente mira atentamente por el objetivo. Puede ver con claridad al piloto y al copiloto detrás del imponente capó; ve el número seis pintado en el tanque de gasolina; siente la onda expansiva producida por el ruido y la potencia cuando la máquina pasa a su lado a toda velocidad. En ese preciso momento ha apretado el disparador. Luego, cuando se asiente la polvareda, tendrá que esperar para ver cómo saldrá la foto.

Cuando ve la fotografía tomada ese veintiséis de junio de 1912 en el Grand Prix francés, el fotógrafo se decepciona. Del coche número seis sólo se ve la mitad, y el fondo ha salido borroso y extrañamente dilatado. El joven la descarta. Se llama

Jacques-Henri Lartigue. La imagen que él considera un fracaso se exhibirá cuarenta años después y lo hará famoso; será la prueba de toda la energía y la velocidad que tanta importancia tuvieron en los años que van desde el comienzo del nuevo siglo hasta el otoño de 1914.

Hoy, el periodo anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial suele considerarse una época idílica, los buenos viejos tiempos, una *belle époque* celebrada en películas de decorados fastuosos entre los que se movía una sociedad elegante, y hasta entonces intacta, a punto ahora de quedar reducida a añicos por las fuerzas que la empujan inexorablemente hacia el desastre. Según esta lectura de los hechos, después de 1918 el fénix de la modernidad resurgió de las cenizas del Viejo Mundo.

A la mayoría de los que vivieron alrededor de 1900, esta visión nostálgica, con el acento puesto en la solidez y la gracia, les resultaría sorprendente. Hasta ese momento, su experiencia de esa época no estaba embellecida por el recuerdo. Fue más cruda, y estuvo marcada por fascinaciones y temores mucho más cercanos a nuestro tiempo. Entonces como ahora, en las conversaciones y en los artículos periodísticos se hablaba sobre todo del veloz avance de la técnica, de globalización, de los progresos en el ámbito de la comunicación y de los cambios que afectaban al entramado social; entonces como ahora, dejaba su sello en la época la cultura del consumo de masas; entonces como ahora, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración, de estar lanzándose a lo desconocido, era arrolladora. Ésa es la razón por la cual la foto de Lartigue es un digno emblema de su época. Era un muchacho enamorado de los automóviles rápidos y de la velocidad, y sus inquietudes reflejan las de un tiempo en que los pilotos de coches de carreras eran ídolos populares, en que se fijaban y se batían nuevas marcas de velocidad todas las semanas, y la producción en serie, en su caso, la de cámaras fotográficas de mano, cambiaba la vida de todos.

La velocidad puede ser escalofriante y, también, tremendamente excitante, y ese miedo y ese rechazo del cambio también resuenan a lo largo de todo el siglo. En 1900, el cambio más profundo fue el que registró la relación entre hombres y mujeres, y hay muchos indicios que permiten deducir una intensa angustia en los hombres, cuya posición ya no parecía segura. Por primera vez en la historia de Europa, las mujeres estudiaban, comenzaban a ganar su propio dinero, exigían el derecho a voto y, lo que es más importante, sugerían que en una edad industrial, la fuerza física y las virtudes marciales se volvían inútiles. Los hombres reaccionaron con un restablecimiento agresivo de los viejos valores; nunca se habían visto en las calles tantos uniformes ni se habían librado tantos duelos; nunca se habían visto tantos anuncios clasificados de tratamientos que —al menos eso prometían— curaban las «enfermedades masculinas» y la «debilidad nerviosa», y nunca tantos hombres se habían quejado de agotamiento y nerviosismo ni se habían ingresado en sanatorios e, incluso, en hospitales psiquiátricos.

Hoy, las identidades se cuestionan de modos distintos y los cuadros de ansiedad se articulan de otra manera, pero siguen produciéndose en el ámbito de lo sexual, a menudo como masculinidad puesta en entredicho. El resentimiento provocado por la emasculación practicada por los antiguos poderes coloniales o el «Occidente arrogante» ha llevado a jóvenes musulmanes de sexo masculino a afirmarse tomando las armas o convirtiéndose en terroristas suicidas, otro eco de aquella temprana época en que los anarquistas morían por decenas cuando atentaban contra miembros del gobierno ruso.

Alrededor de 1900, los hombres preocupados por no ser lo bastante masculinos vieron pruebas de sus deficiencias en la disminución de la fertilidad en Europa, en especial entre las clases medias, mientras, según los polemistas de la época, las clases «bajas» y los pueblos de las colonias superaban muy rápidamente en número a los blancos «civilizados». Oímos ecos de ese debate también hoy, en la controversia histórica sobre las tasas de natalidad entre los inmigrantes musulmanes en Euro-

pa, en los pronósticos –muy discutidos– sobre el crecimiento de la población mundial, y en la disminución de las cifras en Europa y los Estados Unidos, por no hablar de los estudios que apuntan a una disminución de la fertilidad entre los hombres de Occidente.

La velocidad y la euforia, la angustia y el vértigo fueron temas recurrentes entre 1900 y 1914, años en que las ciudades aumentaron a toda prisa de tamaño y las sociedades se transformaron; en que la producción en serie se adueñó de la vida cotidiana, los periódicos se convirtieron en imperios mediáticos, el público cinematográfico se contaba por decenas de millones y la globalización traía carne de Nueva Zelanda y cereales de Canadá a las mesas británicas, diezmando así los ingresos de las viejas clases terratenientes y permitiendo el surgimiento de nuevas clases de personas: ingenieros, tecnócratas, urbanitas. La modernidad no nació virgen de las trincheras del Somme; ya se había asentado con fuerza en la mentalidad y la vida europeas mucho antes de 1914. La guerra no actuó como creadora, sino como catalizadora, pues obligó a las viejas estructuras a desmoronarse con más rapidez, y a que las nuevas identidades se afirmaran con más facilidad.

Los «años de vértigo» tienen mucho en común con nuestra época, y no en último lugar su carácter abierto: en 1910, e incluso en 1914, nadie sabía a ciencia cierta qué forma tendría el mundo futuro, quién ejercería el poder, qué constelación política triunfaría o qué clase de sociedad emergería de esas precipitadas transformaciones. En comparación, durante la segunda mitad del siglo XX la guerra fría creó una situación bien distinta: el resultado parecía incierto, pero estaba perfectamente claro que uno de los dos sistemas ideológicos terminaría llevándose la victoria. Con la caída del imperio soviético reaparecieron parte del carácter abierto y la incertidumbre de esos años vertiginosos, y hoy día es mucho más difícil decir qué depara el futuro a nuestras sociedades.

En gran parte, el futuro incierto al que nos enfrentamos en los primeros años del siglo XXI se debe a los inventos, las ideas y

las transformaciones de los quince años, intensos como pocos, que van de 1900 a 1914, un periodo de creatividad extraordinaria en las artes y las ciencias, de enormes cambios en la sociedad y en la imagen que el hombre tenía de sí mismo. Todo lo que en el siglo XX llegaría a tener importancia –desde la física cuántica hasta la emancipación de la mujer, desde el arte abstracto hasta los viajes espaciales, desde el comunismo y el fascismo hasta la sociedad de consumo, desde el asesinato industrializado hasta el poder de los medios de comunicación– ya había dejado improntas profundas en los años anteriores a 1914, de tal modo que el resto del siglo fue poco más que un ejercicio, alternativamente maravilloso y horrendo, consistente en desarrollar y explorar esas nuevas posibilidades.

Para comprender ese tiempo emocionante y contradictorio, y para ver los paralelismos y las diferencias entre esa época y nuestro presente, debemos aproximarnos sin preconceptos teleológicos, sin ver esos años exclusivamente como lo que llevaría o no llevaría a la Gran Guerra. Hemos de mirarlos con la urgencia y la inmediatez del joven Lartigue cuando enfocó con la cámara el coche número seis del Grand Prix. Y aunque el resultado termine siendo distorsionado, una imagen subjetiva que sólo capta una parte de la realidad, seguirá siendo la mejor manera de plasmar la velocidad, el frenesí, la urgencia de la experiencia vital durante aquella época.

Con el espíritu de intentar descubrir esos días tal como fueron, me gustaría invitar al lector a que lleve a cabo un experimento mental: que imagine, por ejemplo, que una plaga voraz, pero altamente selectiva, de gusanos de los libros ha atacado todas las bibliotecas del mundo y se ha comido libros, fotografías, películas y otros registros, devorando toda la información histórica relativa al tiempo transcurrido desde julio de 1914 hasta el año 2000; que imagine que no sabe nada del asesinato de Sarajevo ni de la batalla del Somme; que no sabe nada del gran crac de la bolsa, de la noche de los cristales rotos, de Stalingrado, Auschwitz, Hiroshima, de los gulags o el Muro de Berlín, pero que la historia ha entrado suavemente en su memoria des-

pués del cambio de milenio. Que imagine que no ve las biografías, los pensamientos y las obras de aquellos que vivieron hacia 1910 a través del prisma de un siglo de crímenes monstruosos y logros monumentales, sino que, durante un rato al menos, puede quitarse esas gafas históricas. Que se imagine a sí mismo en los años que van de 1900 a 1914 sin las alargadas sombras del futuro que oscurecían ese presente histórico, un momento con toda su complejidad y sus contradicciones, sus esperanzas y temores, y con un futuro abierto, como lo vivió la gente de entonces.

I. 1900. LA DÍNAMO Y LA VIRGEN

Así pues, *monsieur et madame*, vendrán ustedes, o ya han llegado, a nuestra hermosa Exposición Universal de 1900. Están en París; desde lejos ya han visto, como en un sueño, los edificios de la exposición recortados contra el cielo de la gran ciudad. ¿Qué programa deberían seguir? ¿Por dónde empezar?

De la Guía oficial
de la Exposición Universal de 1900

Un problema sencillo, aunque angustioso, debería ocupar todo el pensamiento francés: ¿cómo evitar que Francia desaparezca? ¿Cómo mantener en la tierra a la raza francesa? Junto a esta cuestión vital, todas las demás se desvanecen...

JACQUES BERTILLON,
La Dépopulation de la France

Era monstruosa, aunque extrañamente profética. Ahí estaba, en París, una burguesa pechugona de seis metros de estatura, en lo más alto de la enorme puerta monumental de la Exposición Universal de 1900, la entrada a un nuevo siglo. Haciendo gala del asombroso aplomo con que avanza un buque de guerra en el desfile del Día de la Marina, y vestida con ropa moderna, la alegoría de yeso de la ciudad hacía pensar en una matrona majestuosa que acompañaba a una hija malcriada a las galerías Lafayette: rolliza, presurosa, arrogante. Se la oía dando órdenes a un dependiente apocado. Los críticos no fueron benévolos: «ridícula», «sencillamente espantosa», «un triunfo de la prostitución», fueron algunas de las expresiones empleadas para describirla.

El escultor Paul Moreau-Vauthier (1871-1936), una estrella en ascenso de apenas veintinueve años, había tenido la osada idea de presentar a la ciudad como si fuese una parisina moderna; no como a una niña con aspecto de sílfide o una diosa griega vestida con paños antiguos, sino como a una mujer contemporánea y enérgica, una mujer madura que mira de frente al nuevo siglo desbordante de seguridad en sí misma. La modelo escogida por el escultor fue Sarah Bernhardt, la «Divina Sara»; a la casa de modas Paquin se le encargó un atuendo espléndido, el último grito, pues esa obra debía ser una milagrosa fusión de gracia legendaria y alta costura metropolitana.

El resultado fue tan calamitoso como la inauguración misma. Podría decirse que a Émile Loubert, el presidente francés, lo obligaron a dirigir la solemne ceremonia reuniendo a las bar-



Monstruosa y profética: *La Parisienne* corona el portal de la Exposición Universal de 1900, diseñado para permitir el acceso de sesenta mil personas por hora.

bas y los fracs más granados de la República entre el barro, los charcos y los andamios de una obra en construcción, y los primeros visitantes que llegaron en tropel para ver la exposición universal más ambiciosa de la historia encontraron muchos pabellones semivacíos. Una viñeta de la época muestra a una multitud perpleja atrapada entre andamios y letreros que dicen «Prohibida la entrada». El pie rezaba: «¿Qué se expone en la Exposición Universal?»

A lo largo de las semanas que siguieron a la inauguración, se instalaron todas las atracciones que faltaban y hasta el último expositor encontró su lugar entre todo ese tumulto. Las taquillas, en la entrada principal, debajo de la alegoría de la gran ciudad, que no había gustado a nadie, se habían construido para dar paso a sesenta mil visitantes por hora, y trabajaban a destajo. Cuando terminó la exposición, unos cincuenta millones de personas habían visitado las ciento doce hectáreas de terreno habilitadas en el corazón de París, y con una media de un millón doscientos mil visitantes en fin de semana.

La exposición fue una *extravaganza*, un espectáculo espléndido y atrevido, no sólo una feria comercial y una convención científica, sino, más que nada, un parque de atracciones gigantesco para visitantes locales y turistas procedentes de otros países de Europa, de los Estados Unidos y del mundo entero. Entre ellos estuvo Jean Sauvage, profesor de enseñanza secundaria en Berlín (alemán, pese al apellido francés), que describió con sumo esmero hasta el último de los detalles de su viaje a París en un ensayo publicado en el anuario del instituto de enseñanza media (*Realschule*) del distrito séptimo de Berlín. Al llegar a la capital francesa a última hora de la tarde («el billete de ida en segunda clase me costó sesenta y nueve marcos y unos peniques»), el emprendedor Sauvage vivió la experiencia típica del turista, y advirtió a los lectores de las vicisitudes que supone estar de visita en un país extranjero: «El sombrero mejor comprarlo allí [...] Un sombrero comprado en Alemania significa que a uno lo reconocerán como extranjero aún más rápido [...] y convertirse en el blanco de los asaltos constantes de los guías turísticos.»